

Título: 'Las chicas malas'. Significaciones sobre las agresiones físicas en las peleas entre jóvenes.

Autora: Marina Tomasini

Afiliación institucional: IGEHCS-CONICET – Área Feminismos, Género y Sexualidades, Centro de Investigaciones Maria Salem de Burnichón, FFyH, UNC.

Eje 3 "Cultura y política"

Palabras clave: Jóvenes – Peleas – Escuela Media

Introducción: 'las chicas malas'

En Bahía Blanca, dos alumnas de una escuela técnica se trezaron a golpes en la calle ante la mirada de sus compañeros que las alentaban. Las chicas cada vez tienen más hábitos que antes eran propios de los varones.

El lamentable espectáculo cada vez se hace más frecuente. La conjunción de violencia, cambios culturales en las conductas de las adolescentes y la pasividad y el morbo de los chicos resulta en un combo que no puede menos que alarmar.

Las pautas culturales son otras y esas jovencitas que ayer iban a corte y confección hoy dieron paso a otras actividades más osadas producto de una educación con excesiva libertad y escasos límites. Aquella frase de alguna madre enojada respecto de que "*sos una machona*" quedó en el olvido, habida cuenta de que cualquier niña se toma a golpes de puños en plena calle y sin la menor vergüenza. Ni que hablar en lo relativo a la forma de encarar una relación. En muchas oportunidades son las mismas señoritas las que "*avanzan*" a los varones en una muestra implacable de que la timidez quedó guardada en el arcón del tiempo.

Beben, fuman, se pelean y son ellas quienes proponen ante el sexo opuesto. Los jeans les ganan por robo a las faldas y las zapatillas son parte infaltable de un vestuario donde no abundan los tacos agujas. Daría la impresión de que muchas niñas y adolescentes tienen actitudes extremadamente varoniles. Es cierto y vale reiterarlo: hay excepciones, pero que los hábitos cambiaron, cambiaron.

Esta nota aparecida en el diario Crónica en abril del 2013¹ no es una nota prototípica, ya que sus líneas contienen un planteo altamente estereotipado y emana un tono excesivamente moralizante. Sin embargo expresa sin dobleces elementos de una trama argumental que se suele manifestar de modo atemperado, con mayores sutilezas o en co-existencia con formas celebratorias de las transformaciones en materia de género y sexualidad para las chicas. No sólo se puede advertir la nostalgia por un pasado perdido donde parecía mucho más fácil ubicar a cada quien en la grilla del género sino la especial condena moral ante la nueva 'machona' capaz de agarrarse a puños en la calle; la misma "desvergonzada" que se atreve a avanzar a los varones sin el menor recato. Más que censurar la violencia la nota arremete con la *joven del exceso*, la *trasgresión* y el *descontrol*, que va desde la vestimenta hasta las prácticas sexuales y la expresión de agresividad; puede advertirse de este modo el "pánico moral" (Muncer, et al., 2001) ante esta nueva moralidad femenina, que amenaza valores sociales centrales vinculados con las construcciones tradicionales de género.

En otras crónicas periodísticas aparecidas en el último tiempo sobre peleas entre chicas la condena moral explícita se diluye; sin embargo, se reiteran elementos que constituyen un

¹ <http://www.cronica.com.ar/diario/2013/04/26/46185-entre-los-jovenes-la-violencia-no-tiene-genero.html>

abordaje estereotipado del tema.² La participación femenina se suele subrayar, señalando así la atipicidad de esta categoría de actores en enfrentamientos físicos. Se describen comportamientos característicos, como los rasguños o cortes (que apuntan a desfigurar el rostro) y se presenta un motivo altamente estereotipado: ‘la envidia’ es lo que prototípicamente motoriza las confrontaciones entre chicas, como puede observarse en algunos titulares: “Atacada a piedrazos por ‘ser linda’”; “La madre de la agredida dice que la atacaron por ser linda”; “Por ‘linda’, atacan a chica a la salida de colegio cordobés”; “Por envidia, atacan a chica a salida del colegio”. De modo que el marco para comprender las peleas entre chicas remite a un esquema estrecho y simplificado. En cambio, las perspectivas de algunas estudiantes de escuelas medias con las que he trabajado, muestran variedad de aristas implicadas en las peleas e indican formas complejas de relación que no pueden reducirse a un único esquema interpretativo.

Ana Rubio Castro (2009), en su artículo “Los chicos héroes y las chicas malas”, ironiza con esta última expresión sobre algunas explicaciones socialmente construidas acerca de la participación de chicas en peleas callejeras o en la escuela, donde se agreden físicamente. En un sentido similar, utilizo la expresión ‘chicas malas’ en el título de esta ponencia como una forma figurativa o tropo de una *feminidad transgresora*. Dicha forma remite a ideas e imágenes desde las cuales se reconocen a las jóvenes mujeres que asumen determinadas prácticas. Haciendo un rápido *racconto* de algunas categorías que he registrado, en los relatos de docentes y estudiantes sobre peleas entre chicas, aparecen las siguientes: ‘chicas malas’, ‘chicas bravas’, ‘negras’, ‘negras villeras’, ‘villeras’, ‘provocadoras’, ‘desbordadas’, ‘machonas’, ‘marimachos’. Paula Bertarelli (2014) observó en un estudio local que quienes pelean son consideradas por otras compañeras ‘con más hormonas de hombre que de mujer’.

La *masculinización de las chicas que detentan comportamientos agresivos* aparece como una idea del sentido común aunque es una hipótesis que tiene su historia en el pensamiento académico. En las ciencias sociales, en los cincuenta del siglo pasado, Adler presenta tal idea asociada con las consecuencias de la entrada femenina a la fuerza de trabajo (Muncer *et al.*, 2001). Explicaciones posteriores incluyen otras dimensiones, como los cambios producidos en los roles familiares, la redefinición social de lo femenino y masculino, la difusión de nuevos modelos de masculinidad y feminidad; aunque analizan, en la misma línea que dicho presupuesto, este proceso de transformación como si fuera una mera imitación de las conductas masculinas, tal como lo señala críticamente Rubio Castro (2009).

Por otra parte, en algunos casos la *feminidad transgresora* remite a un horizonte de *estratificaciones racializadas*; en el habla popular, en nuestro medio, las categorías ‘negras’ o ‘negras villeras’ se suelen usar para designar a un grupo que no se encuentra claramente definido ni por su lugar de residencia ni por el color de la piel, sino que se asocia con lo más bajo y devaluado de la sociedad (Tomasini y Bertarelli, 2014). Tal como lo plantea Belvedere (2002), la utilización en nuestro país de la expresión “negros de alma” le da a los procesos discriminatorios una notoria movilidad y un carácter acomodaticio, ya que las posibilidades de ser negro en sentido metafórico son sumamente amplias.

Para analizar la práctica de la pelea entre chicas,³ en esta ponencia, recupero material producido en el trabajo de campo que desarrollo desde el año 2010 en escuelas medias de sectores populares de la ciudad de Córdoba.⁴ Plantearé, en primer lugar, que la notoriedad

² De la prensa cordobesa consulté especialmente el portal de La Voz del Interior (<http://www.lavoz.com.ar>), de Día y Día (<http://www.diaadia.com.ar>), de Diario Puntal (Río Cuarto) y de Cadena 3 (<http://www.cadena3.com>) que es la radio más escuchada en Córdoba.

³ Uso el término “chicos”, “chicas” o “varones” siguiendo la nominación asumida por los actores en los grupos estudiados.

⁴ Esta línea de investigación inicia con mi proyecto de posdoctorado, realizado con beca de CONICET, y actualmente continúa con un proyecto de equipo titulado “Género y sexualidad en la sociabilidad escolar. Un

alcanzada por los enfrentamientos físicos entre chicas plantea una reconfiguración de las relaciones de género entre jóvenes. Luego propondré que la pelea es una práctica que se inscribe en dinámicas de reconocimiento vinculadas con la producción de distinciones entre chicas y con la diferenciación de un modelo de feminidad tradicional. Desde ese marco analizaré los enfrentamientos físicos como parte de una experiencia identitaria que permite una definición situacional de sí, ante determinadas demandas que presentan las interacciones en la sociabilidad escolar.

‘Ellas no se la bancan solas’: *construir diferencias, hacer género.*

Las peleas se definen según el carácter que tiene el convite, según pude identificar en mis trabajos: ‘todos contra todos’, ‘una/o a una/o’, ‘chicas contra chicas’ y ‘chicos contra chicos’. Tal clasificación indica que el uso de la fuerza física en las disputas entre chicas está naturalizado en algunos grupos sociales. Ahora bien, si el uso de la fuerza o la agresión física ya no es un atributo diferencial en la gestión de la conflictividad juvenil entre varones - como lo fue otrora - parece necesario “hacer género” en las peleas mediante la diferenciación de las formas de agredirse físicamente y de los significados que rodean la situación.

Se produciría una cierta reconfiguración de las relaciones de género entre jóvenes, en particular porque esta forma de pelea entre chicas interpela a algunos varones, quiénes, ante la imposibilidad de seguir sosteniendo el uso de la fuerza física como una propiedad de las riñas entre ellos, recurren a argumentos que les permitan construir distinciones. No sólo marcan diferencias en las prácticas corporales - individuales o colectivas - y en los motivos sino que destacan que el coraje, como substrato emocional, es un bien masculino. Según sus visiones: [las chicas] ‘*se agarran en patota, pero **no se la bancan** ellas solas, porque si una pasa sola, la otra **agacha la cabeza***’; ‘*O sea por los miedos tienen que pelear, pelean sí o sí con algo en la mano* [en referencia a las trinchetas o *cutter*]. Otros ridiculizan a sus compañeras porque ‘se agarran de los pelos’, comportamiento que ‘nunca exhibiría un chico’.

De modo característico he observado que se justifican las peleas entre chicos en asuntos vinculados al respeto, honor y prestigio (‘hacerse respetar’, ‘defender a los amigos’, ‘defender a la familia’), mientras que las chicas se perciben a sí mismas y son percibidas como inmersas en un mundo de conflictos vinculares donde las peleas se producen por ‘envidia’, por ‘disputarse un chico’ y por habladurías (‘sacar el cuero’). En otro estudio local se analizó cómo algunos varones marcaban diferencias, adjudicando impulsividad y falta de control a sus compañeras, lo que les permitía ubicarse en un supuesto lugar de autocontrol emocional e indiferencia ante los asuntos por los cuales se producían las disputas entre ellas (Paulín, 2013).

Así es que, junto con parodiar burlescamente las formas de pelea de sus compañeras, algunos chicos banalizan sus motivos. Si bien admiten que ellos pueden pelear por ‘giladas’ [tonterías] tienden a pensar que entre sí no hay conflictos persistentes y en tal sentido pueden ‘sacarse la bronca’ del momento y retornar fácilmente al equilibrio interaccional: ‘por eso al toque nos pedimos perdón porque es gilada’. En cambio consideran que las chicas están divididas y ‘andan hablando mal todo el tiempo’:

Nacho: - *O sea, las chicas son peor que los chicos, o sea, porque las chicas si se pelean pueden estar un año sin verse.*

Natanael: - *En cambio nosotros no, nosotros nos peleamos y ahí ya somos amigos de vuelta.*

Pablo: - *Cada vez que le pego a alguien al toque me arrepiento, no sé por qué y le pido perdón.*

(Entrevista, 2011)

MT.: - *¿Creen que en el curso hay grupitos?*

Tomas: - *Entre las chicas sí, entre los chicos no.*

MT: - *¿Y entre los chicos dicen que no hay grupos?*

Tomas: - *No, no hay grupo, nosotros estamos siempre entre los mismos, entre todos.*
(Entrevista, 2011).

Si bien los chicos se ubican a sí mismos (y son ubicados por las chicas y no pocas veces por agentes educativos) por fuera de este mundo de *conflictividad femenina* al mismo tiempo dicen participar, cual pivotes en el armado de una pelea, para intensificar el enfrentamiento entre ellas. Intervienen en los ‘chismes’ o ‘inventan cosas’ para promover una pelea con agresiones físicas. Se perciben, así, como armadores de la escena de la pelea para luego ubicarse como pretendidos espectadores ajenos a la situación, concebida como un *espectáculo para ver*. Esta construcción de sentido aparece reforzada, en algunos casos, desde la escuela; así, la Vice Directora de un establecimiento, en el cual se registraron varios episodios de agresiones física entre chicas, nos cuenta que piensa trabajar este asunto con los varones: ‘voy a hacer una encuesta para preguntarle a los varones por qué pelean las chicas, porque son ellos los que las instigan a pelear’ [Nota de campo, 2014]. Esta lectura de la situación– y las potenciales intervenciones escolares al estilo de la mencionada – parece suprimir la *agencia* de las chicas, toda vez que se piensa que la práctica de la pelea entre ellas es producto de la intención de otro.

‘Hacerse las malas, las choras, las villeras’: *fachadas e identidades*

El *uso de la fuerza física* encuentra, entre las chicas estudiadas, posicionamientos variados: desde la negación absoluta de su uso en la vida social juvenil, hasta la asunción de una estrategia de exacerbación de su capacidad intimidante (expresado como ‘hacerse las villeras’, ‘hacerse las malas’ o ‘hacerse las choras’), pasando por un uso meramente defensivo en situaciones especiales.

‘Hacerse la chora’, ‘la mala’ o ‘la villera’ son expresiones que por momentos se utilizan de modo intercambiable indicando, en términos de Goffman (1997), una fachada⁵ intimidante que permite demostrar *dureza*, ‘banca’ y ‘aguante’ en un abanico amplio de situaciones de la vida social, en la escuela o fuera de ella:

- MT: *Ustedes por ahí usan muchas veces esa frase “se hace la mala” o los chicos también “se hace el malo”, “se hace el choro”. ¿Qué quiere decir y cuál es la diferencia entre hacerse la mala y hacerse la chora?*
- Florencia: *Hacerse la chora es como que... no sé.*
- Rocío: *A mí me da lo mismo todo porque es lo mismo, nada, para mí es lo mismo, nomás **para hacerse más la villera dicen así (...)** nomás que lo **dicen para ser más villera, todas las palabras...***
- MT: *¿Y porque creen que quieren hacerse las villeras?*
- Florencia: ***Para quedar bien con los otros.***

⁵ La fachada alude a la dotación expresiva usada intencional o inconscientemente por un individuo durante su actuación ante un conjunto particular de observadores. Entre los componentes de la fachada se encuentran los modales (arrogantes, agresivos, gentiles, etc.), que indican acerca del rol de interacción que el actuante esperará desempeñar en la situación que se avecina.

- Rocío: *Para quedar bien con los otros, para hacerse las malas, para decir que ellas mandan, que a ellas nadie les pega.* (Entrevista grupal, 2010).

Tal fachada se relaciona, entonces, con la construcción de ciertas posiciones dominantes y tiene sentido protectivo ('nadie les pega'). Esto estaría orientado a mostrarse como chicas fuertes, que no se dejan avasallar, y – como intentaré mostrar - formaría parte de las prácticas de diferenciación de las 'buenas chicas', las 'señoritas', en tanto idea que expresa un estereotipo tradicional de feminidad.

En este sentido, y haciendo una digresión del análisis específico de la pelea, el distanciamiento de las imágenes estereotipadas de mujer que aún se les proponen a las chicas como modelos a seguir, aparecen en distintas instancias de la vida escolar. Así, algunas chicas ironizan la categoría "señorita", mostrando su abierto rechazo a ser reconocidas de ese modo desde los discursos escolares. Esta categoría, por cierto, sigue siendo un modo prototípico de interpelación identitaria cuando se pretende instar a las estudiantes a que se avengan a *comportarse como mujeres y/o a que dejen atrás el estatus infantil*, sancionando ciertos comportamientos como impropios para el aula o para la escuela. Ser una 'señorita' requiere ciertos modos de hablar y posturas corporales "femeninas", como sentarse bien, no estar echada en el banco o con las piernas abiertas.

En otros casos, algunas chicas que transitan el primer año de secundaria dan cuenta que "convertirse en grandes" implica no sólo diferenciarse de lo infantil sino el rechazo a ser reconocidas como 'inocente' o 'santita', como decía una estudiante: 'no me gusta que me crean que soy santita y que me quiero hacer la buenita'. Para algunas *ser una chica* es serlo en contra de los valores tradicionales de feminidad. En un taller realizado en una escuela registré, de modo sistemático, que dos chicas (de quienes se decía que se "hacían las malas") rechazaban los valores que se proponían como características que "debe tener una chica".⁶ Así, cuando alguien escribía: '*las chicas deben ser amables*', Rocío comentaba '*seguro que yo no*' o '*amable, que asco*'. Mientras que Sol decía: '*siempre escriben amable, me enferma*'. Cuando escribieron '*sincera, amigable, buena*', Matías le dijo a Rocío '*vos no sos*' a lo que ella contestó enfáticamente: '*obvio que no!*'. En otra tarjeta habían escrito que una chica debe ser '*sencilla y respetuosa*', a lo que Rocío comenta: '*yo no puedo hacer ese papel*'; por otra parte, en su tarjeta Rocío escribió que una chica debe ser: '*Linda y coqueta (firma Rocío)*'.

De este modo se "deshace el género" (Deutsch, 2007) a través de la crítica y rechazo a sus normas prescriptivas, pero al mismo tiempo se sostienen ciertos mandatos, como la belleza y el cuidado por la apariencia, como un deber ser. Dicho en otros términos, se opera resistencia en las grietas del sistema binario y jerárquico de género, a través del cuestionamiento a la categoría de feminidad configurada dentro de la matriz heterosexual (Renold and Ringrose, 2008), pero al mismo se re-inscriben ciertas formas normativas de feminidad.

Algunas chicas, quienes performaban su feminidad mediante un conjunto de prácticas corporales ajustadas a mandatos tradicionales de belleza o seducción, podían asumir, del mismo modo, actitudes intimidatorias y participar en confrontaciones físicas. En este sentido, mis análisis son coincidentes con lo señalado en otras etnografías sobre la co-existencia poco problemática de la participación en la dinámica de las peleas y actitudes en sus vidas cotidianas que se condicen con el parámetro de 'mujer normal' o 'socialmente deseable' (Mejía-Hernández y Weiss, 2011; Saucedo Ramos y Mejía-Hernández, 2011; Silba, 2011; Tomasini y Bertarelli, 2014).

⁶ La consigna indicaba que escribieran en una tarjeta "¿Cómo deber ser un chico? y ¿Cómo debe ser una chica?". Luego se analizó grupalmente lo escrito en las tarjetas.

Retomo aquí el caso de Rocío, una estudiante de trece años, quien producía *prácticas de feminidad y sexualidad normativa* a través del uso de ropa ceñida al cuerpo, la atención permanente al arreglo de su peinado, el prolijo maquillaje que llevaba a la escuela, el interés demostrado por los chicos que le gustaban; al respecto ideaba con otras compañeras formas de acercarse a ellos y en los recreos los miraba o pasaba caminando a su alrededor con un andar “seductor” (de hecho otras compañeras le decían que era una “para culo”). Sin embargo, Rocío se jactaba de ‘pararse’ si alguna chica la desafiaba a pelear:

- Rocío: estaba peleando con Celeste, que también es de segundo. Porque la Laura es muy bonita entonces nosotras le agarramos bronca, no sé qué, estaban peleando bien mano a mano con la Celeste y después se metieron todas, pero para mí es como el chico también, la Laura es bonita...
- MT: ¿Y ustedes que creen, que si alguien las incitara a pelear, irían?
- Rocío: Si es mano a mano si, si es por alguien que me molesta si.
- MT: ¿Pero supónete que te invitan a pelear, y vos escapás?, ¿Qué pasa?
- Rocío: Nada, te dicen cagona. Te empiezan a insultar, te dicen cagona.
- Florencia: Después se te ríen en la cara.
(...)
- MT: ¿Y no te daría miedo a vos Rocío?
- Rocío: No.
- Rocío: con una de segundo que no quería, y yo le digo ‘bueno, vamos a pelear o yo me voy’ y me fui...
- MT: ¿Y eso donde fue, en la salida?
- Rocío: Si, en la salida. Y me fui, y después me dijo a mi... porque se dan cuenta, se paran y si vos te parás, se van; y si te parás se quedan y te empujan, todo. Y yo dije para que no me peguen *yo me les voy a parar...*
- (Entrevista, 2010).

Se está dispuesta a asumir una actitud intimidante para *no perder el respeto grupal*, que supondría someterse a insultos, burla u hostigamiento. ‘Pararse’ ya cuenta para obtener reconocimiento, porque en lugar de huir o evitar el enfrentamiento (actitud de ‘una cagona’) se muestra la ‘banca’ o ‘aguante’, más allá que pueda ‘perderse la pelea’. Aunque el reconocimiento no es un producto alcanzado de una vez para siempre sino un logro precario. La imagen ganada en una pelea (‘se la banca’, ‘tiene aguante’, es ‘fuerte’, etc.) requiere de un trabajo activo para su mantenimiento. Por ello puede resultar difícil salir de la dinámica de los enfrentamientos, porque aún quién haya ganado ‘su fama de mala’ puede quedar en entredicho al ‘no querer pelear’, ya que esto puede leerse como ‘no animarse’, lo cual implica someterse a cierto sojuzgamiento. Sin embargo, en otras investigaciones (Ortíz Jiménez, 2005) se señala que la participación en las peleas es temporal; la intervención en enfrentamientos físicos suele cesar cuando finaliza la asistencia al centro educativo de enseñanza media, porque es en ese espacio donde las rivalidades son importantes para sus grupos de pares y para ellas mismas.

De todas maneras, en este momento de sus trayectorias escolares, la experiencia corporal de la pelea parece relevante en la construcción identitaria de muchas chicas. Más que concebir la practica del enfrentamiento como una ruptura subversiva de la feminidad, pienso que se trata de un espacio significativo que posibilita *hacerse una chica de modo diferente*: ‘ni buenas señoritas’, ‘ni cagonas’, construyen identidades en referencia a otras, a través de la diferencia y la marcación de límites simbólicos (Hall, 2011), en escenarios donde las diferencias de posición en la estructura social son mínimas.⁷

⁷ La experiencia del enfrentamiento físico, dentro de una cultura de la ‘banca’ y ‘aguante’, ha sido analizada respecto a jóvenes varones de sectores populares. Se sostiene que, frente a la falta de capitales económicos o

Consideraciones finales

A partir de las perspectivas reconstruidas, en los sistemas de relaciones estudiados, la práctica de la pelea se inscribe en dinámicas de reconocimiento vinculadas con la producción de distinciones entre chicas y con la diferenciación de un modelo de feminidad tradicional, modelo que cristaliza en la idea de “las buenas chicas” o la “señorita” esperada por la escuela. El género se hace en la materialidad de los cuerpos: se vuelven ‘chicas fuertes’, ‘que se hacen respetar’, ‘que se la bancan’, más que ser un intento por imitar prácticas de varones.

La asunción de una fachada intimidatoria, como recurso protector ante eventuales prácticas de sojuzgamiento, aparece como una forma de gestionar las demandas identitarias en la sociabilidad escolar. Esta proposición destaca el carácter situacional y contingente de la identidad, la que se presenta como una “sutura” ante la interpelación producida en las relaciones cercanas. Ahora bien, las diferentes interacciones, en la vida social en la escuela, plantea a las chicas múltiples demandas en tensión, según lo observado: entre producir un cuerpo atractivo y deseable y moderarse y recatarse; entre las presiones de mostrar experticia en el sexo (‘no ser inocente’, ‘no parecer una santita’) y las sanciones sociales informales que reprueban ciertos conocimientos o prácticas sexuales; entre la compostura de una *señorita* y la necesidad de asumir una fachada intimidante (Tomasini y Bertarelli, 2014).

En el marco de tales imperativos en pugna es posible reconocer múltiples transacciones y negociaciones a través de una compleja red de interacción social. Así, en el aula y ante determinados docentes se pueden exhibir atributos de *buen alumna, aplicada*, mostrar *buenos modales* (‘hacerse la buena’, ‘hacerse la inteligente’) porque saben de su importancia para lograr buenas calificaciones o mejorar las obtenidas o bien para modificar la idea de algún docente ‘que las tiene entre ojos’. Mientras que en el recreo, se distancian de las buenas maneras del aula para exacerbar una postura intimidante (‘hacerse la mala’) ante compañeras que las intentan amedrentar o para exhibir ostensiblemente su cuerpo como *locus* de seducción (‘hacerse la linda’). Estas actuaciones, lejos de ser pensadas en clave de contradicción, son vistas como producciones relacionales y situacionales ante las diferentes demandas que enfrentan en la escuela.

Aunque por cierto, destacar el carácter situacional no debe hacernos soslayar las regulaciones normativas, socialmente constrictivas (aunque no homogéneas), que contienen prescripciones sobre las maneras legítimas de *ser mujer*. Si volvemos al planteo introductorio, veremos que las imágenes y categorías presentes tanto en el discurso mediático como de estudiantes y agentes educativos - cuando relatan peleas entre chicas - comportan una forma de sanción social de la que son pasibles las chicas que trasgreden las normativas de género.

Finalmente, entonces, en los escenarios analizados -y respecto a la lógica de las rivalidades y los enfrentamientos - las chicas pueden optar por ‘pararse o seguir caminado’, ‘sostener o bajar la mirada’ y ‘pelear o no pelear’. Estas maneras de asumir sus cuerpos, “hablan” de un modo de constitución de sí en la situación pero al mismo “son habladas” por las pautas sociales y culturales, toda vez que las “decisiones” serán inscriptas en sistemas de significados: el de cierta mirada social generalizada, que dispone de un conjunto de categorías

culturales que les permitan ocupar una posición valorizada en el mundo social, los jóvenes de estos sectores priorizan el criterio de jerarquización en el que pueden ocupar una posición menos subordinada: la valoración del capital físico (Montesinos, 2002). Tal valoración estuvo vinculada históricamente con su inserción en las labores manuales como fuerza de trabajo. Con las transformaciones en el mercado laboral en los años noventa y la creciente dificultad para invertir este capital en el trabajo manual, cada vez más el uso de la fuerza física y la violencia puede realizarse a través de su inversión como “fuerza de combate” (Mauger, en Gentile, 2011). Sin embargo, en otro trabajo (Tomasini, 2013) he realizado algunas consideraciones que previenen sobre la tendencia a hacer generalizaciones *tout court* sobre los jóvenes de estos sectores.

para legitimar o bien sancionar ciertas formas de ‘ser una chica’; y el del ámbito más cercano de pares que tanto podrá valorar la disposición a la pelea cuanto sancionarla activando de modos específicos las categorías disponibles en el universo del “otro generalizado”.

Podrán, en el mismo acto, ‘ganar cierta estima’ grupal y ‘perder cierta estima’ social y escolar; podrán ser, en el modo devaluado, ‘las villeras’ o, en el modo valorado, ‘más villeras’. Así, las diferencias no son entidades que yacen en los cuerpos como significantes dados, tal como lo plantea Amade M’charek (2010) sino que son hechas y deshechas en prácticas relacionales específicas.

Referencias

- Belvedere, Carlos (2002). *De sapos y cocodrilos. La lógica elusiva de la discriminación social*. Buenos Aires: Biblos.
- Bertarelli, Paula (2014). Cuerpos que irrumpen en la escuela: actos de género y procesos de diferenciación entre jóvenes mujeres. En Paulín, H. y Tomasini, M (Coords.) *Jóvenes y escuela. Relatos sobre una relación compleja*. Córdoba: Brujas.
- Deutsch, Francine (2007). Undoing Gender. *Gender & Society*, 21(1), 106-127. <http://doi: 10.1177/0891243206293577>
- Gentile, Florencia (2011). Los procedimientos discursivos para la construcción mediática de la figura del joven pobre y delincuente. El caso Jonathan. *Revista de Ciencias Sociales* Universidad de Costa Rica. Vol. 131-132, p. 75-88.
- Goffman, Erving (1997[1959]). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Hall, Stuart (2003). Introducción: ¿quién necesita “identidad”? En Stuart Hall y Paul du Gay (Comp.), *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires-Madrid: Amorrortu.
- M’charek, Amade (2010). Fragile Differences, Relational Effects. *European Journal of Women’s Studies*, 17, 302-322. <http://dx.doi.org/10.1177/1350506810377698>
- Mejía-Hernández, Juana y Eduardo Weiss (2011). La violencia entre chicas de secundaria. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, Vol. 16, N° 49, pp.545-570.
- Montesinos, Rafael (2002). *Las rutas de la masculinidad, ensayos sobre el cambio cultural y el mundo moderno*. Barcelona: Gedisa.
- Muncer, Steve; Campbell, Anne; Jervis, Victoria & Rachel Lewis (2001). “Ladettes”. Social Representations and Aggression”. *Sex Roles*, Vol. 44, Nos. 1/2, pp. 33-44.
- Ortiz Jiménez, Xenia G. (2005). *La participación de las alumnas de educación media en las rivalidades estudiantiles y la construcción de su identidad*. Tesis de maestría, FLACSO. San Salvador. Disponible en: <http://flacsoandes.org/dspace/handle/10469/1561#.VAcRwvmSzTo>
- Paulín, Horacio (2013). *Conflictos en la sociabilidad entre jóvenes. Un estudio psicosocial sobre las perspectivas de estudiantes y educadores de escuelas secundarias*. Tesis doctoral. Facultad de Psicología, Universidad Nacional de Córdoba (inédita).
- Renold, Emma y Ringrose, Jessica (2008). Regulation and rupture. Mapping tween and teenage Girl’s resistance to the heterosexual matrix. *Feminist theory*, 2008, 9, 313. DOI: 10.1177/1464700108095854
- Rubio Castro, Ana (2009). Los chicos héroes y las chicas malas. *Estudios de Juventud*, Septiembre 09, N° 86, 49-64.
- Saucedo Ramos, Claudia y Mejía Hernández, Juana (2011). *Sentidos del actuar violento en chicos y chicas de secundaria*. Ponencia presentada en el XI Congreso Nacional de Investigación Educativa / 17. Convivencia, Disciplina y Violencia en las Escuelas, España.

- Silba, Malvina (2011). "Te tomas un trago de más y te creés Rambo": prácticas, representaciones y sentido común sobre varones jóvenes. En Silvia Elizalde (Coord.) *Jóvenes en cuestión. Configuraciones de género y sexualidad en la cultural*. Buenos Aires: Biblós.
- Tomasini, Marina y Bertarelli, Paula (2014). Devenir mujeres en la escuela. Apuntes críticos sobre las identidades de género. *Quaderns de Psicologia*, 16(1), 181-199. <http://dx.doi.org/10.5565/rev/qpsicologia.1199>
- Tomasini, Marina (2013). "Hacerse el malo". Interacciones cotidianas entre estudiantes varones de primer año de escuelas secundarias de Córdoba, Argentina. *Sexualidad, Salud y Sociedad*. 15, 86-112. <http://dx.doi.org/10.1590/S1984-64872013000300005>.